



El Eco de Cartagena

AÑO XXXII DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9264

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. I. rene rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 34.

SÁBADO 17 DE SEPTIEMBRE 1892.

BAÑOS TERMALES DE FORTUNA

Se han abierto al público desde primeros del corriente hasta los primeros días del próximo Noviembre.

Sus aguas no tienen rival en las afecciones catarrales, reumatismos, parálisis y afecciones nerviosas.

Instalaciones cómodas y económicas. Hay Fonda y Hospedería.—Coches para el establecimiento. Estación Arkena.

Para más detalles en la Administración del Bañerío.

Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y oristería.

Precios fijos. Entrada libre.

Puerta de Murcia Pasaje de Conesa.

ECOS DE VIAJE

Alhama de Aragón 15 Septiembre de 1892.

Sali de Madrid para descansar algunos días de mis habituales tareas, y juzgaré que sería agradable emplearlos en visitar el célebre Monasterio de Piedra.

Desde hace algunos años la fama de las maravillas naturales que encierra en breve espacio de terreno la antigua propiedad de los monjes del Cister, ya han divulgado, y lo que han referido libros y periódicos y las descripciones entusiastas de los viajeros excitan el deseo de emprender la peregrinación para satisfacer la curiosidad, recrear la vista y separar el pensamiento si quiera sea por breve tiempo de las miserias humanas.

Los reumáticos que acuden a buscar alivio en las célebres y verdaderas salubres aguas de Alhama, no precinden del viaje a Piedra cómodo y fácil, aunque algo caro.

Peró hay quien viene desde los más lejanos países y da por bien empleados el tiempo y el dinero.

Este año, para facilitar a los madrileños tan interesante excursión, se anunció que por once ó doce duros, no lo recuerdo bien, podía hacerse el viaje de ida y vuelta incluyendo en el precio el hospedaje y manutención en el Monasterio durante dos días.

Los combinados mediante la módica cantidad citada podían admirar las magnificencias de la Naturaleza sin tener que pensar en la prosa de la vida. Salían por la noche de Madrid en el correo un lunes por ejemplo, llegaban a Alhama a las tres de la madrugada, descansaban hasta las ocho, tomaban asiento en un omnibus, a las diez se encontraban al pie de la torre del homenaje del Monasterio, el martes y el miércoles visitaban las cascadas y torrentes, las ruinas del templo

les magníficos claustros, y el jueves en las primeras horas de la mañana estaban de regreso en Madrid. ¡Un verdadero sueño fantástico de sesenta horas!

Pues bien; esta combinación fácil y barata, que en cualquier otro país hubiera contado por millones a los viajeros, apenas ha dado resultado porque es seguro que no han llegado a un centenar siquiera los «touristas» madrileños que se han aprovechado de la ocasión de conocer las maravillas que realiza el río Piedra.

Es cierto que el carácter español se presta poco a este género de combinaciones. Ante todo y sobre todo la independencia. Pero sin someterse a esta reglamentación, a esta dependencia; por 3 ó 4 duros más puede hacerse el viaje de ida y vuelta a Piedra, y francamente vale la pena hacer el sacrificio de quince ó veinte duros, la impresión que dejan en el alma las grandiosas cascadas que el río Piedra forma en su accidentado curso desde lo que llaman el Vado hasta que se precipita en el abismo con el torrente la Cola del caballo para seguir su marcha como un río vulgar a perderse en las aguas del Jalón.

Es imposible imaginar nada más grandioso.

El río llega al vado, y su primera cascada cayendo sobre una placa forma de rocas y de árboles petrificados, se extiende en un ancho semicírculo y forma un juego de aguas espumosas natural, infinitamente más bello que los que han producido el arte en las famosas fuentes de la Granja y Versailles.

Allí comienza la asombrosa y encantadora obra de la Naturaleza.

Una nueva cascada en forma de ancha cinta, aparece más abajo y como si el río quisiera descansar, después de aquellos actos de violencia, corre apacible y manso un trayecto de dos ó tres kilómetros. Pero con nuevos bríos al hallar grandes declives, se divide en tres brazos, y al despeñarse en las tres direcciones realiza como en un panorama, como en un inmenso cuadro sólo posible de idear y ejecutar al Creador, las sorprendentes maravillas que difícilmente habrá en el mundo nada que las iguale.

Uno de los brazos forma la Caprichosa cascada de seis á ocho metros de ancho dividida en varios espumosos ramales que fascinan y encantan.

Otro produce dos cascadas no menos bellas, Fresnos altos y Fresnos bajos, en las que el agua convertida en infinitas chispas de brillantes, forma preciosos dibujos á través de troncos y ramas que va petrificando.

El tercer brazo produce la admirable cascada Iris y los tres reunidos constituyen el portentoso torrente que se llama la Cola del caballo.

El agua se precipita violenta, rabiosa, espumante, en una ancha franja de primoroso encaje y con ruido ensordecedor, cae en un profundo abismo.

Poco después, como el furioso que

de la ira pasa á la calma, a aquel frenesí de río que tantas magnificencias ofrece, se transforma en apacible corriente, que besando la Peña del diablo, lleva á las pesqueras un agua cristalina donde nacen y crecen millares de truchas, acabando su vida en el aislamiento y el silencio, como el artista que ha disfrutado de la gloria y llega á la causada vejez reflejando en sus postrimerías, la aureola de luz de su pasado.

No hago más que un boceto del cuadro.

Hay además grutas interesantes y la de la Cola del caballo merece por sí sola el sacrificio del viaje. No hay, no puede haber espectáculo más grandioso que el que ofrece desde el fondo de la gruta la extensa cinta del torrente iluminado por el sol. Es necesario imaginar un encaje hecho por hadas con hilos de brillantes, esmeraldas, rubies y todas las piedras preciosas que puede fingirse la fantasía más poética.

Todas estas maravillas aparecen en un espacio relativamente pequeño. Los monjes podían contemplarlas diariamente con sólo andar diez ó doce minutos, y desde sus celdas podían oír el rumor de las cascadas himno continuo de la Naturaleza al Creador, que se confundía con sus rezos y que sigue elevando su plegaria cuando se han extinguido los rezos.

El actual poseedor de todas estas maravillas ha gastado mucho dinero en obras que faciliten comodidad al viajero, permitiéndole llegar sin peligro á los sitios más apropiados para contemplarlos.

Conoce el valor de las joyas que posee y ha sabido darles el realce que merecen.

Lo que resulta deficiente es el hospedaje.

Contratados los servicios, el fondista busca su negocio, cobra caro y sirve dejando bastante que desear. El viajero que paga, y que por tanto merece todo género de atenciones se ve abandonado al espíritu naturalmente interesado de todos los arrendatarios de los servicios.

En la hospedería se come mal, las habitaciones y el servicio, dado el precio, dejan mucho que desear como he dicho antes, y luego se notan desigualdades irritantes en el trato.

Pero de todos modos, mientras se contempla la obra de Dios y cuando se recuerda después, se olvidan las miserias de la vanidad, de la soberbia, del egoísmo humano, y creanme los lectores, á pesar de todo, deben visitar el Monasterio de Piedra.

En mis próximos Ecos hablaré á los lectores de los Baños de Alhama, donde pasaré algunos días antes de regresar á la Corte.

JULIO NOMBELA.

UN CORAZON QUE ESTALLA

Se habían criado juntos, pudiera decirse.

El hacía más de doce años vino muy enfermo á la casa señorial, propiedad del marqués, su padre.

Una lenta consunción, un raquitismo perfectamente marcado, conspiraba con-

tra aquella naturaleza empobrecida, y contra aquel cuerpo delgadito, de carnes pálidas.

Los médicos, como último recurso, aconsejaron las puras emanaciones del monte, el aire saturado de oxígeno de la campiña á aquel pequeño ser débil y encenque, cuyo nacimiento costó la vida á su madre, y el marqués, no obstante sus numerosas ocupaciones, á pesar de que la política, á la que se había consagrado decididamente, le ocupaba el tiempo por completo, no vaciló en llevarse al pequeño al monte en donde tenía una de sus mejores posesiones y separarse del niño, á quien dejó confiado á los cuidados del administrador de la finca y á su esposa (un bueno y honrado matrimonio) durante el tiempo que fuera preciso para que se restableciera la salud de su heredero.

Esta era la razón de por qué el hijo del opulento marqués de N., y Marcela, la hija del administrador de la finca se habían criado juntos.

Cinco años consecutivos, el heredero del noble marqués estuvo al cuidado de su administrador.

Luego, regenerada aquella naturaleza, Emilio se ausentaba del monte durante el tiempo de estudios, volviendo al seno de aquella, para él su familia, los tres meses de las vacaciones veraniegas.

¡Con qué impaciencia contaba el noble los días, y aún las horas, que faltaban para su regreso al monte!

¡Con qué ansia miraba y observaba el albaricoquero del huerto, que al mostrar su fruto maduro le anunciaba el próximo arribo de su compañero de la infanzonada vega á la posesión.

Por entonces Marcela contaba dieciséis primaveras, y no era el azul purísimo del cielo más radiante que el de sus grandes ojos, el dorado de las espigas más bello que el de su cabello abundante y rizado, la flor del grano más roja que los labios de su pequeña boca, ni las rosas del parque más frescas ni brillantes que sus mejillas, ni escultor alguno hubiera podido modelar un cuerpo más esbelto ni formas más seductoras.

¿Se amaban?

¿Quién podía saberlo?

Ella sólo sabía que no vivía sino los tres meses que él pasaba en la finca; que cuando se ausentaba de ella, la alegría parecía irse con él; la risa jamás asomaba á sus labios, y que lloraba á solas en todos los sitios de la pradera que le evocaban el recuerdo de él.

Si esto era amar, ella le amaba con toda su alma; le profesaba una especie de adoración ó culto.

Es más, no hacía dos días se hubiese negado rotundamente á corresponder á las proposiciones de noviazgo que la había hecho Manuel, el hijo de uno de los labradores más bien acomodados del contorno, pero... ¡qué diferencia entre éste y Emilio!

¡Qué pronto acabó aquel verano!

¡Qué rápidos pasaron sus hermosos días y sus limpias noches!

Emilio partió de nuevo.

Aquella vez el dolor que su marcha causó á Marcela fue más intenso, porque aquel verano supo que amaba, y era correspondida.

¡Qué deliciosas palabras él había murmurado á su oído bajo la frondosa copa de los olmos, estrechándola el talle amorosamente, y las pequeñas y temblorosas manos de la niña entre las suyas, también trémulas de pasión!

No; el recuerdo de aquellas horas de dicha, el de aquel primer beso delirante, recibido en sus húmedos labios, y correspondido con otro tímido, apenas re-

husado, pero no menos amoroso, le darían fuerza para soportar la ausencia.

Pasó el invierno con sus lluvias, sus heladas y sus nieves.

La primavera engalanó con sus nuevas hojas los árboles, y el césped de la vega con sus múltiples florecillas.

El verano coloreó los frutos, secó las mieses, y el otoño maduró los racimos de las vides, y Emilio no volvía.

Marcela se sentía morir.

El invierno volvió de nuevo á helar las corrientes del arroyuelo, la primavera á rejuvenecer los campos, el verano á granar los trigos, y el otoño á madurar los frutos.

Emilio no llegaba...

Marcela no parecía la misma.

Sus mejillas, enflaquecidas, mostraban sobre los pómulos sus encendidas rosas; sus labios estaban pálidos y secos sus ojos, rodeados de un círculo azulado; su esbelto cuerpo se inclinaba hacia adelante como abrumado por una carga superior; sus manos húmedas ardían por la fiebre; respiraba fatigosamente, y una tos seca y pertinaz le desgarraba el pecho.

Sin embargo, Marcela todas las tardes se sentaba en las gradas de la cruz de piedra de la carretera, esperando ver llegar á Emilio.

Al fin, una de ellas, envuelto en una nube de polvo, vio venir un coche de campo, tirado por seis poderosos caballos.

El corazón de Marcela latió violentamente.

El coche pasó como un relámpago. ¡Era él! ¡Él! Pero no venía solo; una forma, en contorno vago, de mujer, acompañada por seis poderosos caballos.

Presintiendo algo muy doloroso, muy terrible, regresó Marcela á la casa en que, con sus padres, habitaba.

Al verla Toñuelo, el hijo del guarda, un rapazuelo de dieciséis años, salió á su encuentro.

—¿Sabes—la dijo,—el señorito Emilio ha venido?

—¿Sí?

—Sí, de Madrid, con su mujer; ¡concho! ¡una señorita más guapa!

Marcela se desvaneció; si no la sostenía Toñuelo, hubiera caído en tierra.

Al siguiente día, á pesar de las súplicas de su madre, Marcela se levantó.

Corrió al huerto, una de cuyas cuerdas había destinado la joven á jardín, y con mano febril fue arrancando una por una muchas de las dalias blancas, con las que formó un hermoso ramo.

Lo ató con una cinta de gró azul, que él le había regalado para sujetarse el pelo en día más felices, y se encaminó á la casa señorial; cerca de la puerta, al final de la rampa, le acometió un golpe de tos.

Una espuma rojiza asomó á sus labios y salpicó la corola de una de las flores, pero no lo vio.

Entregó el ramo á Juan el jardinero y portero de la finca, encargándole que de su parte lo diera á Emilio, y éste á su esposa, y con paso lento, llenos de lágrimas los ojos, regresó á su casa.

Dos días después, Emilio y su esposa paseaban á caballo por la próxima carretera, seguidos del guarda del monte.

Un modesto ataúd blanco, llevado en hombros por cuatro mozos, y tras de éste un cortejo reducido, pasó por delante de la feliz pareja.

—¿Quién ha muerto, Antonio?—preguntó Emilio al guarda.

—Marcela, la hija del administrador que fue de la finca del señorito.

—¿Pobre chica!

Ésta fue la oración fúnebre.

Antonio Rodríguez Lop z del A. co.